

Plaza pública

para la edición del 18 de abril de 1996

Silvia Hernández

Miguel Ángel Granados Chapa

Lanzada simultáneamente a la fama internacional y al hostigamiento de buena parte de la opinión pública mexicana, a la secretaria de Turismo Silvia Hernández se le está haciendo pagar el desprestigio de la clase política en general y de la priísta en particular. No de otra manera (amén de las querellas internas en su partido) se explica el encono en su contra, provocado por su aparición en anuncios de una tarjeta de crédito, transmitidos por la televisión norteamericana.

Si alguna culpa debe enfrentar la responsable de Turismo, es la de firmar un contrato escrito en pésimo español, aunque el uso de ese empobrecedor lenguaje por desgracia se ha generalizado. Especialmente en la actividad turística la publicidad es rehén de palabrotas como *promocionar*, utilizado en vez de promover. Un vehículo no se *mociona* de un lado a otro, sino que se *mueve*; ni Silvia Hernández se ha *mocionado* en la escena pública desde hace un cuarto de siglo, sino que se ha *movido* en ella. Aunque sea acompañado de la desinencia pro, el verbo tan utilizado en la publicidad de turismo se conjuga simplemente como se conjuga su raíz, *mover*.

Pero, por supuesto que no es este el lugar, ni yo la persona autorizada, para asestar palmetazos de dómine.

Lo que digo es que, bien miradas las cosas, nada hay objetable en la aparición de la secretaria Hernández en los anuncios de American Express. Si hiciera negocios particulares válida de su cargo, habría que no sólo criticarla sino enjuiciarla. Pero no cobra un centavo por el uso de su imagen y, en cambio, cumple puntualmente la legislación que regula el turismo, y la actividad de la secretaria correspondiente. Ese es el trabajo que le compete y lo realiza con eficacia.

Ciertas áreas del gobierno están estrecha e inevitablemente relacionadas con el fomento de las actividades privadas, aquí y en China. El secretario de Comercio norteamericano Ron Brown murió hace dos semanas en un accidente aéreo, cuando volvía de una gira con empresarios a los que buscaba interesar para que invirtieran en Bosnia, y a nadie se le ocurrió pensar que tuviera comisión en ese negocio. El primer ministro chino Le Peng se dejó fotografiar en la fábrica de aviones Airbus (donde gastó 1,900 millones de dólares) en un obvio anuncio publicitario de esa empresa. Pueden hacerse juicios políticos sobre el grado y el modo en que una autoridad sirve a intereses particulares, pero mientras se cumpla la ley no hay objeción válida desde un mirador jurídico. Ese es el caso de la actual titular de Turismo y de sus antecesores, que también promovieron negocios privados, pero no los suyos.

Se ha aprovechado la ocasión para recordar, en tono mordaz, antecedentes políticos de Silvia Hernández. En efecto, convirtió el Instituto Nacional de la Juventud Mexicana en el Consejo de Recursos para la Atención de

la Juventud, pero no lo destruyó ni lo achicó, como se pudo advertir cuando lo reemplazó el ahora diputado Heriberto Galindo. Y, en efecto, al frente del sector popular del PRI emprendió una tarea de ciudadanía de la antigua Confederación Nacional de Organizaciones Populares. La iniciativa era una especie de plan piloto, cuyo destino final era la supresión del corporativismo priísta, pues uno de los designios del salinismo, instrumentado por Luis Donald Colosio, era convertir al partido oficial de una federación de sectores en un partido de ciudadanos. El empuje de Silvia Hernández consiguió una transformación parcial del sector que le correspondía, pero la tarea se quedó a medio camino cuando la fuerza corporatista hizo a Salinas desistir de su proyecto. Pero hay una evidente, e interesada exageración en presentar a la hoy secretaria de Turismo como enterradora de ese sector priísta. Los cambios en la sociedad mexicana obligaban a una nueva estrategia del PRI frente a las capas medias, y una de las primeras personas en advertirlo fue Silvia Hernández. Se puede examinar críticamente su labor, y afirmar que corresponde con el gatopardismo general del partido gubernamental (cambiar para que nada cambie), pero no es sustentable, niseria, una acusación válida sobre el mal de ojo que afecta lo que entra en su campo visual.

Menos lo es el género de imputaciones lanzadas sobre la secretaria de Turismo por el diputado Luis Sánchez Aguilar, quien con un criterio racista inadmisibile se mofó de las cualidades de *modelo indigena* de Silvia Hernández. La incontinencia verbal el

diputado socialdemócrata, como gusta ser llamado, lo lleva a traicionar las concepciones ideológicas del partido que lo llevó al Congreso, el PRD. Salvo que nos equivoquemos, en el credo de esa agrupación no cabe el desdén por lo indio, y menos el expresado en el peor modo de las personas mecánicamente convencionales.

Silvia Hernández ha quedado en el centro de una tormenta artificial. Un debate sobre la inclinación de su secretaría a abrir la puerta mexicana a los casinos sería algo más sustantivo y provechoso. Pero el escándalo sobre su vinculación con American Express es más fácil. En el origen de esa anécdota, que no llega siquiera a constituir *un caso*, está por un lado el legítimo afán de la prensa que escruta todos los aspectos de la vida pública. Pero, al mismo tiempo, está el papel político que ha desempeñado la hoy secretaria de Turismo. Su carrera la ha llevado a generar antipatías y adhesiones que se manifiestan en circunstancias clave como esta. Pero también, y sobre todo, en la sulfurosa reacción en torno suyo, en contra suya, está el crispamiento creciente de una sociedad dolida y decepcionada de los políticos.

Casi nunca ha sido la política una actividad admirada en la sociedad mexicana. Se la ha creído impropia de la gente decente. Por supuesto que hay un craso error en concebir de ese modo una tarea imprescindible en la sociedad, dotada de fines altos y concretada en muchas personas dedicadas ejemplarmente al servicio público, tanto en la política como en la administración. Pero el desánimo que cunde por doquier hoy hace que se descrea de la política, de los políticos, especialmente de quienes

están ligados con visiones y acciones gubernamentales que nos tienen tan maltrechos.

PLAZA PÚBLICA
MIGUEL ANGEL GRANADOS CHAPA

Silvia Hernández

Ninguna infracción legal es imputable a la secretaria de Turismo al anunciar una tarjeta de crédito, pero el trato desconsiderado que se le asesta concierne más bien al descrédito de una clase política a la que con razón se asocia a las sucesivas crisis que nos atosigan.



LANZADA SIMULTÁNEAMENTE A LA FAMA INTERNACIONAL y al hostigamiento de buena parte de la opinión pública mexicana, a la secretaria de Turismo Silvia Hernández se le está haciendo pagar el desprestigio de la clase política en general y de la priísta en particular. No de otra manera (amén de las querellas internas en su partido) se explica el encono en su contra, provocado por su aparición en anuncios de una tarjeta de crédito, transmitidos por la televisión norteamericana.

Si alguna culpa debe enfrentar la responsable de Turismo, es la de firmar un contrato escrito en pésimo español, aunque el uso de ese empobrecedor lenguaje por desgracia se ha generalizado. Especialmente en la actividad turística la publicidad es rehén de palabrotas como *promocionar*, utilizado en vez de promover. Un vehículo no se *mociona* de un lado a otro, sino que se *mueve*; ni Silvia Hernández se ha *mocionado* en la escena pública desde hace un cuarto de siglo, sino que se ha *movido* en ella. Aunque sea acompañando de la desinencia pro, el verbo tan utilizado en la publicidad de turismo se conjuga simplemente como se conjuga su raíz, mover.

Pero, por supuesto que no es este el lugar, ni yo la persona autorizada, para asesar palmetazos de dómine.

Lo que digo es que, bien miradas las cosas, nada hay objetable en la aparición de la secretaria Hernández en los anuncios de American Express. Si hiciera negocios particulares válida de su cargo, habría que no sólo criticarla sino enjuiciarla. Pero no cobra un centavo por el uso de su imagen y, en cambio, cumple puntualmente la legislación que regula el turismo, y la actividad de la secretaria correspondiente. Ese es el trabajo que le compete y lo realiza con eficacia.

Ciertas áreas del gobierno están estrecha e inevitablemente relacionadas con el fomento de las actividades privadas, aquí y en China. El secretario de Comercio norteamericano Ron Brown murió hace dos semanas en un accidente aéreo, cuando volvía de una gira con empresarios a los que buscaba interesar para que invirtieran en Bosnia, y a

nadie se le ocurrió pensar que tuviera comisión en ese negocio. El primer ministro chino Li Peng se dejó fotografiar en la fábrica de aviones Airbus (donde gastó mil 900 millones de dólares) en un obvio anuncio publicitario de esa empresa. Pueden hacerse juicios políticos sobre el grado y el modo en que una autoridad sirve a intereses particulares, pero mientras se cumpla la ley no hay objeción válida desde un mirador jurídico. Ese es el caso de la actual titular de Turismo y de sus antecesores, que también promovieron negocios privados, pero no los suyos.

Se ha aprovechado la ocasión para recordar, en tono mordaz, antecedentes políticos de Silvia Hernández. En efecto, convirtió el Instituto Nacional de la Juventud Mexicana en el Consejo de Recursos para la Atención de la Juventud, pero no lo destruyó ni lo achicó, como se pudo advertir cuando la reemplazó el ahora diputado Heriberto Galindo. Y, en efecto, al frente del sector popular del PRI emprendió una tarea de ciudadanización de la antigua Confederación Nacional de Organizaciones Populares. La iniciativa era una especie de plan piloto, cuyo destino final era la supresión del corporativismo priísta, pues uno de los designios del salinismo, instrumentado por Luis Donaldo Colosio, era convertir al partido oficial de una federación de sectores en un partido de ciudadanos. El empuje de Silvia Hernández consiguió una transformación parcial del sector que le correspondía, pero la tarea se quedó a medio camino cuando la fuerza

Al trazarse la biografía de la actual secretaria de Turismo, Silvia Hernández, se pone énfasis en la transformación de un instituto y de un sector del PRI, y se la presenta sin sustento como poseedora de un funesto mal de ojo.

corporatista hizo a Salinas desistir de su proyecto. Pero hay una evidente, e interesada exageración en presentar a la hoy secretaria de Turismo como enterradora de ese sector priísta. Los cambios en la sociedad mexicana obligaban a una nueva estrategia del PRI frente a las capas medias, y una de las primeras personas en advertirlo fue Silvia Hernández. Se puede examinar críticamente su labor, y afirmar que corresponde con el gatopardismo general del partido gubernamental (cambiar para que nada cambie), pero no es sustentable, ni sería, una acusación válida sobre el mal de ojo que afecta lo que entra en su campo visual.

Menos lo es el género de imputaciones lanzadas sobre la secretaria de Turismo por el diputado Luis Sánchez Aguilar, quien con un criterio racista inadmisibles se mofó de las cualidades de *modelo indígena* de Silvia Hernández. La incontinencia verbal del diputado socialdemócrata, como gusta ser llamado, lo lleva a traicionar las concepciones ideológicas del partido que lo llevó al Congreso, el PRD. Salvo que nos equivoquemos, en el credo de esa agrupación no cabe el desdén por lo indio, y menos el expresado en el peor modo de las personas mecánicamente convencionales.

Silvia Hernández ha quedado en el centro de una tormenta artificial. Un debate sobre la inclinación de su secretaría a abrir la puerta mexicana a los casinos sería algo más sustantivo y provechoso. Pero el escándalo sobre su vinculación con American Express es más fácil.

En el origen de esa anécdota, que no llega siquiera a constituir un caso, está por un lado el legítimo afán de la prensa que escruta todos los aspectos de la vida pública.

Pero, al mismo tiempo, está el papel político que ha desempeñado la hoy secretaria de Turismo. Su carrera la ha llevado a generar antipatías y adhesiones que se manifiestan en circunstancias clave como ésta. Pero también, y sobre todo, en la sulfurosa reacción en torno suyo, en contra suya, está el crispamiento creciente de una sociedad dolida y decepcionada de los políticos.

Casi nunca ha sido la política una actividad admirada en la sociedad mexicana. Se la ha creído impropia de la gente decente. Por supuesto que hay un craso error en concebir de ese modo una tarea imprescindible en la sociedad, dotada de fines altos y concretada en muchas personas dedicadas ejemplarmente al servicio público, tanto en la política como en la administración. Pero el desánimo que cunde por doquier hoy hace que se descrea más que nunca de la política, de los políticos, especialmente de quienes están ligados con visiones y acciones gubernamentales que nos tienen tan maltrechos.